

LA MUERTE DE UNA :: ILUSTRE DAMA ::

EPISODIO DE UNA VIDA CONSAGRADA AL AMOR DE LA PATRIA

La Señora Concepción Agramonte Vda. de Sánchez

A edad muy avanzada, cerca de 88 años, falleció ayer, en esta capital, una ilustre matrona de Camagüey: la señora doña Concepción Agramonte de Sánchez, que deja enlazado su recuerdo a la historia de nuestra gloriosa contienda separatista. Concha Agramonte, como cariñosamente la llamaban sus compatriotas, pertenecía, como sus apellidos lo pregonan a una familia que ha dado nombres insignes a la causa de la independencia de Cuba; y representaba, ella misma, por su propio mérito y por sus propias acciones, el espíritu de sacrificio y la irrevocable decisión de sus conterráneos. Era además, una de las figuras centrales de la sociedad camagüeyana en épocas de esplendor. Ejerció siempre una extraordinaria atracción personal; y fué por todos respetada y amada, desde el más opulento hasta el más humilde.

La muerte de Concha Agramonte remueve en el corazón y en la mente de cuantos la quisieron, la conocieron y la admiraron, interesantes memorias de tiempos ya muy lejanos; su vida, testimonio feliz de antiguas e inmortales virtudes, que cosecharon las hazañas a que debemos la patria y la libertad, tal parece que cierra al extinguirse un pasado ilustre que se sumerge en el juicio de la posteridad; y profundamente emocionados ante su fúnebre, cubierto de flores y lágrimas, no resistimos al deseo de bosquejar, siquiera a grandes rasgos, el altísimo ejemplo de su noble existencia.

Una reciente biografía nos la presenta, en su juventud, bella, inteligente, amable y bondadosa. "No había fiesta en Camagüey—dice—en la que Concha Agramonte no figurara como estrella de primera magnitud. Aún recuerdan sus compatriotas, de hace tres cuartos de siglo, los festejos que en el puerto de Nuevititas celebráronse con ocasión de haber arribado una escuadra extranjera, festejos en los cuales hizo ella derroche de gentileza. Los marinos extranjeros, sugestionados por su gracia y su belleza, la coronaron con una diadema de monedas de oro, proclamándola reina de la fiesta."

Germinaba por entonces en el alma cubana el anhelo nacionalista; los próceres, que ahora veneramos, propagaban su ideal entre la dispuesta juventud; y los primeros mártires señalaban el áspero y ensangrentado camino de la revolución. Las diferencias que apartaban al nativo del peninsular, se ahondan en el ambiente de tragedia. Y los iniciadores, inexpertos en la empresa, debieron ser las víctimas que inflama-

ron a los futuros e indómitos paladines. Así, Joaquín de Agüero y sus acompañantes, prisioneros de la tropa que los vence y los persigue, sucumben a la cólera de sus jueces militares, y la sociedad camagüeyana, erguida frente al dominador, no disimula su inconsolable pesadumbre. "Concha Agramonte—cuentan las crónicas de entonces—al igual de otras jóvenes, cortóse la hermosa cabellera, y enlutó su hogar con negros crespones, a despecho de las órdenes y mandatos de la autoridad que pretendía apagar, con la represión y la fuerza, el sentimiento de los patriotas." A su vez, los camagüeyanos plantaron cuatro hermosas palmeras en la Plaza de Armas, que, sin enterarse el Gobierno de la colonia, de su oculta significación, conmemoraban el sacrificio de Agüero y sus tres fieles legionarios.

El momento es único. La idea separatista ha cundido prodigiosamente en la conciencia de las altas clases; y la chispa revolucionaria irá prendiendo hasta la hora del incendio. Transcurren diez y seis años de agonía; fracasan, con la célebre Junta de Información, los intentos de justicia con España; y el 10 de Octubre de 1868 resuena, en toda la isla, el clarín de guerra de La Demajagua. Concha Agramonte, que, en 1852, había unido su suerte a un dignísimo caballero camagüeyano también, don Francisco Sánchez y Betancourt, siguió a su esposo al campo insurrecto, llevando a sus nueve hijos, casi todos pequeños, uno de los cuales, Juan de la Cruz, soldado de la República a los quince años, murió en 1873 a consecuencia de las heridas que recibió en un terrible combate.

Con ocasión del fallecimiento de don Pancho Sánchez, en 1894, la brillante pluma de Manuel Sanguily escribió un afortunado capítulo que avalora sus exquisitas "Hojas Literarias", en el cual nos lo pinta como "uno de los camagüeyanos más conspicuos y justamente populares, hombre de la antigua cepa criolla, acomodado de posición social, bondadoso de carácter, firme de propósitos, sereno en las tribulaciones, tranquilo en el peligro, resignado en la desventura, siempre afable, hospitalario y viril." Más adelante agrega: "Fué él uno de los primeros que aceptaron la lucha muy en sus principios. Con resolución estoica, se situó con todos los suyos, su esposa que parecía y ha sido siempre la mujer admirable y buena, fúlgida y risueña como un astro del cielo, y sus hijos, infortunados pequeñuelos que a su alrededor, formando un grupo heroico, hendían la tempestad con sus risas an-

glicas y apenas si sabían que el rayo vibraba sin cesar sobre sus cabezas indefensas. Pronto prestó utilísimos servicios aquel patriarca, a pesar de sus achaques y cuidados domésticos. Desempeñó permanentemente el cargo de Director de Hacienda de Camagüey, y, luego, el voto de sus compatriotas sublevados le hizo sentar con cuatro compañeros ilustres en la Asamblea de Representantes del centro, cuyo primer acto de trascendencia fué el decreto de febrero de 1869, que declaró abolida la esclavitud en el territorio camagüeyano." Dos meses después, tomaba parte muy principal en la Constituyente de Guáimaro, donde se estableció con su familia. Era singularmente interesante escuchar de labios de la señora Agramonte sus recuerdos de aquella jornada. En su casa se preparaban, entre sorbo y sorbo de café, los artículos que comprenden aquella constitución que culminó en los principios más fundamentales de la democracia; su vida se deslizaba entre tertulias y paseos, y, para el confort doméstico, aún conservaba su coche, sus ajuares de ropa y la vajilla, que la rodeaban de cierto bienestar. "Según le hemos oído relatar muchas veces—añade su biografía—uno de los placeres inolvidables que experimentó, entonces, fué cuando presencié la proclamación de la Constitución y el noble gesto de aquellos patriotas al des-

pojarse de los honores y jerarquías que se habían atribuido al comenzar la Revolución, trocándolos, con júbilo, por la nueva y honrosa calificación de "ciudadanos" que les daba la República."

Poco duraron aquel bienestar y alegría. Los patriotas asediados por las tropas del general Goyeneche, vieronse



Concepción Agramonte, a los 81 años de edad.

obligados a salir de Guáimaro, la Capital del Gobierno Cubano, y antes de resignarse a dejarla de abrigo y fortaleza al enemigo resolvieron destruirla por el fuego.

Inenarrables son las vicisitudes que,

en lo adelante, llenaron la existencia de la señora Agramonte y de sus hijos. Carecían de lugar fijo donde habitar y de los elementos primordiales para la vida civilizada; tan pronto encontrábase en una hermosa casa abandonada, como en una tienda de campaña o en un misero bohío de guano. De este modo, huyendo de aquí y de allá, situáronse en los montes de sus fincas de Najasa; y un día inesperado tomáronla prisionera las fuerzas españolas. Las circunstancias pusieron a prueba el temple de su energía, la alteza de su espíritu y su claro talento. Episodios emocionantes, que no tendríamos espacio para narrar, eslabonaron el proceso de su destino. Y llevada a Camagüey, logró trasladarse a la Habana.

En la Habana, el General Balmaceda le rogó que transmitiera a su esposo, que continuaba en el campo de la guerra, y no lo dejó hasta la paz del Zanjón, su consejo de restituirse a la legalidad "ya que el movimiento debía considerarse fracasado," a cuyo efecto, la invitaba a quedarse en la capital donde nada le faltaría. La señora Agramonte insistió en su irrevocable resolución de marchar a los Estados Unidos. Allí residían los familiares de su esposo, a cuya voluntad, de que saliera de Cuba, era su obligación prestar inviolable obediencia.

Su estancia en Nueva York es asunto para escribir conmovedoras páginas. Aprendió el arte de la costura; estableció un taller en el cual beneficiaba a gran número de muchachas cubanas, proporcionándoles enseñanza y trabajo honrado; educó a sus hijos en buenos colegios; y se sostuvo por su esfuerzo, valerosamente, hasta el día del regreso a Camagüey, después de la paz de 1878.

El grito de Baire, en 1895, vuelve de nuevo a agitar su alma de patriota; sus cinco hijos varones responden al llamamiento de la sagrada causa y se lanzan a la guerra; y la heroína, debilitada por los años, no mostró tibieza ante los peligros que la esperaban; su casa siguió siendo el lugar de reunión de los simpatizadores de la independencia de Cuba, y fué, como refiere su biografía, la "estafeta" de la correspondencia entre la Revolución y la ciudad. Preocupadas las autoridades españolas por el daño que pudiera causarles las verídicas informaciones que del estado de la Revolución recibía el público, se esforzó en descubrir esa fuente de noticias, recayendo su suspicacia en Concha que, teniendo cinco hijos en la guerra, era lo más probable que en sus cartas procuraran tenerla al corriente de los triunfos que obtenía la Revolución.

Decidieron, pues, castigar el "crimen" de una anciana de sesenta y cinco años que recibía cartas de sus hijos; fué Concha encarcelada por el delito de sostener correspondencia con el enemigo, en compañía de cuatro amigas más: las señoras Angela Malvina Silva, esposa del General Lope Recio; Eva

Adan, esposa del General Alejandro Rodríguez; Gabriel de Varona, viuda del Comandante Miranda, y María Aguilar. Todas estas damas, con excepción de María, viven actualmente y siempre han pertenecido, por sus virtudes y abolengo, a la mejor sociedad de Camagüey, lo cual no fué obstáculo para que, sin consideración alguna, fueran tratadas como las demás presas, algunas de delitos comunes. A los treinta días fueron embarcadas para la Habana y confundidas, en la Casa de "Recogidas", con la ralea y escoria de la sociedad. No se permitió separación entre aquellas venerables matronas y la carne del crimen. Para las autoridades era confundible el delito de tener ideales con el crimen común del que asesina y roba. Larga resultaría, en esta ligera reseña, la prolija relación de las gestiones que se realizaron para obtener la libertad de las ilustres damas indignamente atropelladas. Concha Agramonte volvió a Nueva York, para ver de nuevo la patria ya libre de las viejas cadenas.

Veinticuatro años han pasado; y durante ellos, ha debido experimentar, como si repercutieran en su propia alma, las alternativas que ha sufrido políticamente la patria, a cuyo amor dedicó los mejores años de su vida.

Mimada y venerada por sus hijos, ha muerto serenamente, más bien que abatida por la enfermedad, al peso de los años.

La desaparición de Concha Agramonte es una fecha dolorosa de profundo duelo para la sociedad cubana, para los que como ella sirvieron a Cuba en la inmortal tragedia, y, singularmente, para sus comprovincianos de Camagüey.

Reciban así la expresión sincera de nuestra condolencia sus familiares todos, y de manera muy especial, sus hijos los Generales Eugenio y Armando Sánchez Agramonte.

Ha muerto la señora Concepción Agramonte viuda del Diputado a las Cámaras Revolucionarias Francisco Sánchez Agramonte Betancourt y madre del Coronel Benjamín, general Armando, Comandante Calixto, capitán Alfredo y General Eugenio Sánchez Agramonte.

Honor a sus restos y paz eterna a su alma.

La patria llora la desaparición de la gran matrona.

En nombre del Consejo Nacional de Veteranos invito a los compañeros a rendir el último tributo a la noble desaparecida, acompañando a sus hijos a conducir sus venerables restos desde la casa mortuoria, Animas 178 hasta la Necrópolis de Colón.

Hora: 4 p. m.

Habana, 25 de agosto de 1922.

General Pedro E. Betancourt, Presidente del Consejo Nacional de Veteranos.

Heraldo -
op. 11/22